

Al respecto de los carnavales, cabe decir que se inician hace miles de años con fiestas paganas. El término carnaval proviene del latín 'carne' (carne) 'levare' (quitar) que significa "quitar la carne" y que se refería a la prohibición religiosa cristiana de consumo de carne durante los días de la cuaresma. Los carnavales tienen una dimensión *lúdico-festiva* donde la gente busca divertirse, pero también una vertiente *cultural*, como queda probado incluso por sus orígenes; *social*, pues se trata de un fenómeno de enorme arraigo popular. A las personas les gusta disfrazarse durante el carnaval porque son días en que se entregan a la celebración, a la ruptura con la cotidianeidad, a la asunción de roles distintos a los habituales que permiten ampliar, siquiera sea por poco tiempo, las posibilidades individuales, y acceder a otra realidad en un marco de regocijo y bullicio que constituye un acontecimiento liberador, ya que se olvidan las preocupaciones y responsabilidades. En un mundo demasiado serio los carnavales y disfraces dan entrada al humor y a la relajación.

El carnaval es fenómeno lúdico que se desarrolla en un ambiente liberador, en gran medida con la complicidad de la máscara, y bajo el dominio de Don Carnal, que supone el ensalzamiento de la carne, de la lujuria, antes de que llegue el imperio de Doña Cuaresma que personifica la contención y la abstinencia. En países cálidos al elemento sociocultural se agrega el climático, pues el calor invita todavía más a los excesos, mediante la liberación de la ropa. Se puede decir que las máscaras y disfraces facilitan la desinhibición y además permiten la asunción de otros roles, algunos de los cuales compensan limitaciones personales y aproximan al yo ideal.

Los carnavales cumplen una función liberadora, trasgresora, lúdica, creativa y "rompedora", que siempre que se mantengan dentro de unos límites resultan beneficiosos individual y socialmente. Durante el carnaval la lógica es sustituida por la emoción desatada. Es un tiempo en que se deja atrás el sentido racional y adquiere fuerza la vitalidad. El carnaval pertenece más al terreno de la estética que al de la ética convencional y, por lo mismo, brinda oportunidades de expresión a menudo reprimidas.

Cada persona tiene sus propios gustos y modos de expresión y diversión. Aun cuando ha de reconocerse esta singularidad individual no es menos cierto que hay condicionantes socioculturales, pues es bien sabido que en determinadas zonas (Brasil, Caribe, Canarias, etc.) las personas se vuelcan más en el carnaval por su tradición, costumbres, etc.

Hay personas que son más activas y otras que lo son menos. A unas les gusta observar y a otras ser observadas. También tiene que ver con la introversión o extraversión, con las cualidades físicas, etc.

Cierta modalidad de "travestismo" protagonizada por varones acaso se deba a que nuestra sociedad todavía es más restrictiva con el género masculino en lo que se refiere a la expresión de la afectividad y a su despliegue emocional. Esta rigidez se patentiza incluso en el vestir, mucho más variado en la mujer, que incluso ha adoptado prendas en otro tiempo circunscritas al hombre, como los pantalones. El hombre, sin embargo, no usa faldas, salvo en regiones muy concretas. Hay más tolerancia hacia la mujer en todo lo que se refiere a la vida emocional y a la indumentaria, y seguramente el hombre compensa el peso de mantener el tipo marcadamente varonil por medio del travestismo efímero que posibilitan los carnavales o fiestas de disfraces.

La socialización es aún distinta según el género. Se sabe que muchos cuentos y películas tienen como protagonistas a personajes principescos que se presentan como modelos a las niñas y jóvenes. En el caso de los varones se imponen modelos donde prima la fuerza, la agresividad, etc.

Las personas reflejamos nuestra manera de ser en todas nuestras acciones, también al vestir y al disfrazarnos. Es fácil pensar que el disfraz elegido tiene más valor para el análisis psicológico, ya sea por la identificación del sujeto, por la admiración, por el conflicto, etc. De un disfraz puede atraer el colorido, la originalidad y sobre todo las cualidades para que uno mismo crea o haga creer a los demás que es otro.

La vida humana tiene siempre un componente de representación y mientras haya vida habrá tiempo para el juego y el disfraz. Ojalá eligiésemos más, en cualquier edad, el disfraz que casi siempre queda colgado en la percha olvidada: el disfraz de amigo, el de solidario, el de persona amorosa. (V. M-O, a partir de una entrevista de 2005/2006 para la Revista "Psychologies").